

CIRUELAS Y EL PECADO

Era pequeña, aún menos que una niña, el verano caía perpendicular en la tierra a pesar que era primavera, las acequias gozaban henchidas de agua, aguas que paseaban por las quintas, la pequeña menos que una niña, hundió sus pies de verano en el barro de su infancia, se sentó a la orilla, llevaba en una mano un puñado de ciruelas verdes y en la otra un atado de ensueños y fantasías.

Según su abuelo comer ciruelas verdes era malo.

Mientras, el agua corría en secreto y mojaba el borde de su enagua bordada, fijó su mirada en un cuadradito de ciruela donde el sol se hizo presente.

Otro hubiera sido el destino de esa ciruela si la niña no la arranca de su cordón umbilical, talvez hubiera reventado de madura, talvez hubiera sido el postre de un zorzal, o bien terminado sus días transformada en mermelada encerrada en un frasco de la despensa, aguardando aburrida llegar a la mesa del desayuno en un día de invierno, o caer coquetamente sobre una sémola con leche en un día de lluvia.

Las ciruelas estaban ácidas en su punto y cada pequeño mordisco se acompasaba con el amasar de sus dedos pequeños en el barro bajo el agua, lo sentía como se escapaba suavemente desde la planta hasta las uñas y resbalaba como presagio de un masaje oriental que más tarde por su peregrinar por el mundo recibiría.

SERENA

Era la hora de la siesta de los grandes, cuando sus padres cerraban puertas y entornaban ventanas, hora de silencio y dormir de los perros, la gata y hasta el zumbido de las abejas era en tono menor. Las empleadas hacían remiendos a los calcetines con un huevo de madera, entre sus cabeceos, la radio murmuraba la comedia de amor y tragedia acompañando las puntadas de las calcetas.

El sol brillaba a ratos en esta agua oscura que los frutales esperaban ansiosos.

A veces venían tesoros, como huesos de animales, pedazos de vidrios, latas oxidadas que las transformaba en botes.

A esta hora de la siesta de los grandes, cuando las ciruelas crujían entre sus dientes de leche, supo que en algún lugar de su cuerpo y de su alma existía el amor, se levantó la enagua, sacó barro y dibujó en el suelo el encaje de su enagua, supo también que había algo que movía montañas y era entre la fe y el sentirse segura de ella misma. Dejó la acequia y los huesos de ciruela.

A partir de esa tarde dejó de ser menos que una niña, los dientes se le soltaron, descubrió lugares de su cuerpo que se hicieron presentes, sus trenzas comenzaron a avergonzarla, sus pechos olían a pezón pequeñito, algo reventaba con olor a adolescencia en toda ella.

Y sin siquiera relacionarlo con la fe un día la vistieron de blanco, antes le dijeron que tenía que contarle sus pecados a un señor escondido en una caseta, luego le darían un pan blanco y conocería a Jesús.

SERENA

Más parecía novia en su disfraz de primera comunión, tenía 9 años.

La tarde anterior, mientras su nana le leía un pasaje de la biblia, recordaba como allá al fondo de la quinta, un día, a la sombra del damasco, ella abrió sus piernas, puso un damasco en una rodilla y las hormigas hacían camino de ida y regreso.

También recordó que en su pubis aparecía una piel de durazno, ya no era la misma piel, y sus axilas se humedecían y a veces olían parecido al hombre que apaleaba los nogales o al que recogía los membrillos.

Algo sobre la pureza le hablaba su nana y justo ella le mostró su piel de durazno.

-Niñita mala, es ahora que tiene que ser más pura y buena que nunca.

Ella no sabía que tener piel de durazno era malo e impuro y no se atrevió a preguntar cómo se alojaba la maldad entre sus piernas.

Pasaron algunos años, unos cuantos, antes que supiera que para muchos el sexo era pecado. Así como comer ciruelas verdes.

Para ella hasta ahora era tener ganas de orinar, o la sensación de frío al entrar al mar, o la cosquilla de suspenso cuando jugaba a las escondidas entre el pasto crecido o las ramas verdes del caqui.

No se pudo confesar de eso, no supo cómo hacerlo y ocurrió que comulgó en pecado mortal, así lo pensó ella y por eso no conoció a Jesús. Vivió años convencida que había cometido sacrilegio.

SERENA

Tampoco relacionó la comunión, el desayuno con chocolate, la torta, los regalos de cruces, estampitas y vidas de santos con la fe.

Siguió su vida entre inviernos y veranos, con las mismas nanas, dos terremotos, un incendio. Sus pezones perfilaron sus vestidos, sus trenzas se quedaron en una peluquería, los patines esperaron otras piernas, el bolsón de cuero del colegio murió de viejo y de pronto se encontró en una sala de universidad, con jóvenes que debían ser como ella, compañeros y compañeras a los que no sentía como tales, estaba segura que ellos no habían hundido en el barro de una acequia su niñez ni encontrado el amor y el pecado en una ciruela.

Crecer con los pies en la tierra es muy diferente a crecer en pavimento.

No hay intermediario con la naturaleza.

Al final del primer año de universidad, muchos habían desertado y ya conocía el nombre de varios, compartía en el casino con algunos, corría en el parque con otras, iban a conciertos, bibliotecas, laboratorios, cine.

El día anterior al práctico final de Química 1, se atrevió a invitar a un compañero a su casa a preparar ese examen que los hacía transpirar. La primavera amenazaba los ciruelos, los almendros en flor parecían cuadros japoneses, las acequias se habían achicado, el pasto crecía menos, el caqui se estaba encogiendo, de las empleadas quedaba una la que cambió la radio y su imaginación por una pantalla y la imaginación ajena.

SERENA

En medio del estudio, lo invitó a mostrarle la quinta, donde corrió alguna vez esa acequia generosa, sacó ciruelas verdes, le puso una en la boca y lo miró a los ojos, la tarde estaba ahí, se besaron, ocurrió bajo el ciruelo.

